

El Manrique de Pedro Salinas

La editorial Península ha reeditado un ensayo imprescindible sobre Jorge Manrique escrito por Pedro Salinas, una de las figuras principales de la Generación del 27



El poeta y crítico Pedro Salinas

sición cristiana: la Providencia)... "La Edad Media no tenía prisa. Dos siglos se llevó en decir lo mismo".

El breve capítulo cuarto (*La valla de la Tradición*) es una apasionante digresión sobre eso, sobre la tradición, que prepara las conclusiones finales. Hay que tener en cuenta cuándo escribe Salinas su estudio. Interesantes referencias al analfabetismo cultural o, como lo llama, al "alfabeto superficial" ("producido en serie y en grandes masas por la educación moderna"), huellas de la intrahistoria unamuniana, del concepto de pueblo de Machado o Lorca, del tradicionalismo pidaliano, reflexiones sobre el Neoclasicismo y el Romanticismo, o sobre las vanguardias, conforman el cuerpo de este capítulo que es, sin duda, un paréntesis muy pertinente en el desarrollo ensayístico.

El último capítulo, el quinto (*Jorge Manrique ante la tradición de la muerte: las Coplas*), es, claro, el pretendido punto de llegada. Una vez colocado Jorge Manrique en perspectiva, Salinas concluye que todo lo que es pensamiento en el poema es tradición. Y que tampoco es original la forma métrica de las *Coplas*. Sin embargo, la personalidad de Manrique se manifiesta precisamente en su tratamiento de la tradición, en su actitud frente a la misma. Acierta Manrique al dotar de una gran densidad humana al poema sabiamente compensada por la levedad de la forma estrófica. Jorge Manrique despliega una constelación de temas recibidos de la tradición, es verdad; pero lo que él crea no son los temas, sino dicha constelación, con la que construye un poema más tradicional que (pre) renacentista, un poema didáctico. También acierta Manrique en el uso de la técnica de UBI SUNT, nacionalizándola y modernizándola, renovándola y "limpiándola de la seca costra formularia" en que se había fosilizado. El análisis pormenorizado de todas y cada una de las estrofas confirma el proceso de lo general a lo particular que preside las *Coplas*. En definitiva, Salinas remata su estudio inteligentemente cuando puntualiza que la irreductible originalidad de éstas radica, primero, en su capacidad integradora de todos los tópicos del pensar medieval en una obra tan breve, integración que le dota de una increíble apariencia de concentración y densidad intelectual. Segundo, en su capacidad de selección; la misma capacidad que le lleva a Manrique a saber hacer una SUMMA de tópicos, le lleva a saber seleccionar entre las dos tradiciones que su siglo le propone sobre la visión de la muerte: frente a la macabra, Manrique elige la tradición cristiana pura, con algún aditamento estoico y el inevitable toque de alegorización, tan extendido en estos días. Y tercero, la vivificación de las formas tradicionales. Como conclusión, propone Salinas una brillante fórmula que le sirve de corolario y síntesis a su trabajo sobre las coplas manriqueñas: "Todo tradición y todas novedades".

persistencia en el pensar filosófico, sus prodigiosas creaciones en el arte". Salinas postula los tópicos medievales como un glorioso baluarte del saber. La Edad Media no se preocupa por ser original. "Los lugares comunes formaban un depósito de opiniones sólidas y fundadas, que se forjaron en los senos de la doctrina cristiana y de la filosofía, y que la masa de las gentes aceptaba /.../ Puntos de coincidencia de inquietudes, de aspiraciones, de preguntas que afectaban a

Los años no han envejecido el ensayo de Salinas

todos los humanos, residuos de altísimas lecciones de siglos, fueron una de las argamajas de más valía para edificar la magna construcción del mundo medieval". Pedro Salinas, verdadero río de lecturas, ejemplifica y ejemplifica en este capítulo con un aluvión de citas y textos de la época. Establece como sus principales tópicos temáticos el menosprecio del mundo, la fugacidad de la vida y sus bienes, la rueda de la Fortuna (y su transpo-



Hans Memling: La muerte

más allá de ciertos aspectos de la servidumbre feudal, y de algunas escenas pintorescas donde el alquimista hace el papel de caricatura risible del empeño científico". Muchos se empecatan en ignorar el "trágico esfuerzo (medieval) por conciliar los valores de dos mundos, su faena de reconstrucción de una humanidad deshecha con el Imperio Romano, su lenta re-invencción de la literatura, su

La primera edición de este ensayo sobre la obra de Jorge Manrique apareció en 1947 y corrió a cargo de la Editorial Sudamericana. Pedro Salinas lo escribió en Puerto Rico, donde, como Juan Ramón Jiménez, pudo vivir otra vez en español, otra vez pudo vivir su lengua. Cumplido el cincuentenario de la muerte del gran poeta y profesor madrileño, la editorial Península ha publicado ya *El Defensor* y éste *Jorge Manrique o Tradición y Originalidad* y anuncia la próxima aparición del estudio sobre *La poesía de Rubén Darío*.

A pesar de muchas cosas, fue el hijo de don Rodrigo Manrique uno de los grandes poetas del siglo XV europeo. Así lo deja claro Salinas en este cúmulo de páginas perspicaces y eruditas, llenas de rigurosidad filológica y deliciosa lectura. Los años no han envejecido el libro. Lo han barnizado con la patina de solera de las grandes obras. Su reivindicación de un Manrique tradicional y tradicionalista, sí, pero jugador con la tradición y recreador de la misma, sigue manteniendo hoy en día absoluta vigencia. De hecho, no creo que haya un sólo profesor universitario que no emplee de una u otra forma, en mayor o menor grado, este texto salinesco en las aulas.

En el capítulo primero (*La Tradición de la poesía amorosa*) se comienza por reconocer que los poemas manriqueños de amor valen muy poco. Al tiempo que, claro, sus coplas, sus poemas de muerte, no tienen literario precio. Un impagable análisis del amor cortés ilumina las páginas y supone el meollo del capítulo. Se dibuja la tradición medieval europea —genuinamente provenzal— de este amor trovadoresco permanentemente no consumado, de este estado de amor en el que el amor es

La poesía cortés de Manrique, insiste Salinas, no es lo mejor de su producción

una agonía y el oficio del enamorado es penar. A través de la alegoría, el poeta cortesano escribe una poesía amorosa ritual, plagada de convencionalismos que cantan una y otra vez el amor imposible. Se va construyendo así, desde el siglo XII en adelante, un verdadero "mester de gineolatría" (¡qué divertida genialidad la de Salinas!), alguno de cuyos valores será el laboreo del idioma, el doblegar la resistencia de las lenguas que están naciendo, que se están haciendo, el elevar los romances europeos desde su uso vulgar, familiar y práctico, hasta el maravilloso vuelo de la poesía. España, claro, no queda fuera de este juego y la poesía provenzal penetra fuertemente en nuestra literatura. Ejemplo de ello será la poesía cortés de Jorge Manrique que, insiste Salinas, no es lo mejor de su producción porque resulta imitación repetidora, pero no creadora. Es poesía fingida.

En el capítulo segundo (*La tradición literaria de la muerte*) se

habla fundamentalmente, aunque no sólo, de la elegía. Se pasa breve revista a la elegía medieval española y se anota que la primera que se escribe en castellano es nada menos que la de Trotaconventos... Para poder inscribir la elegía manriqueña en la tradición general medieval se recuerda ahora que, según María Rosa Lida, la elegía canónica constaba de las tres partes exigidas por la retórica: consideraciones sobre la muerte, lamentos de los supervivientes y elogio del difunto...

Lugares comunes

El capítulo tercero (*La Edad Media y los lugares comunes*) se nos antoja apasionante. Comienza con una justa vindicación de la época medieval y un no menos agudo elogio de sus tópicos. "Cuando los alistados en el servicio de la ignorancia y la frivolidad intelectual la tachan (a la Edad Media) de atrasada y pobre, parece como que no quieren ver de ella